

IPARRAGUIRRE

Un recuerdo del bardo guipuzcoano en 1877

«Cuantos conocen la historia contemporánea del país bascongado, saben que en la tierra de los versolaris y koblakaris donde multitud de caseros son bardos improvisadores, donde la hermosura y los ecos de los valles hacen de las sencillas gentes de la montaña poetas y músicos, ningún cantor popular, ni ningún poeta natural, ha representado tan fielmente la fisonomía de ese pueblo como el inmortal Iparraguirre.

Lámole inmortal, porque aquel cuyo nombre repiten y repetirán con cariño los bascongados, aquel que ha legado á nuestra generación los más populares y entusiastas himnos musicales, que las generaciones venideras entonarán en coro mientras quede un recuerdo de la libertad euskara, inmortal es de hecho, pues así lo proclaman por todos los lugares del mundo los hijos del Pirineo basco, en cuanto, aun en las regiones más apartadas de él, se reúnen dos tan sólo á hablar de su país.

Ha pasado por muerto Iparraguirre durante muchos años; tan escondido y silencioso le tenían sus propias desventuras en las solitarias orillas del río de la Plata.

Pero gracias á la propaganda de la confraternidad euskara, que ini-

ció y viene sosteniendo el apreciable periódico madrileño La Paz, cuyos números se leen con avidez en las Américas, un amigo dió la noticia en las columnas de ese diario de que el poeta vivía, y poco después tuvimos el placer de leer en ellas varias composiciones, que desde aquellos lejanos climas enviaba, saludando á su querida tierra.

Pocos bascongados hubo que no sintieran un placer inmenso al saber que aún cantaba al árbol santo de Guernica el que un día le dedicara el admirable himno que entusiasmo á todos los corazones de nuestras montañas.

La noticia corrió de boca en boca y se recibió como una enhorabuena en el país.

Entonces, hará un año próximamente, tuve ocasión de enviarle una cariñosavisa.

La guerra civil, hundiendo radicalmente las seguras esperanzas de mi pobre casa y de mi amante madre, hizo que mi familia se dispersara.

Mientras mi hermano Manuel iba á morir en la trocha de Cuba, defendiendo el nombre de España, otro hermano, Julián, ante lo obscuro y triste del porvenir, terminada su carrera, marchó á sentar su cátedra de filosofía allá donde en la América del Sur encontrara un pueblo amigo que le abriese los brazos.

Supe que en el territorio uruguayano podía aproximarse á Mercedes, donde Iparraguirre vivía, y le rogué que á su paso por aquellos territorios le visitara y saludara en nombre de la Tertulia Literaria Victoriana, que tanto estima y admira su memoria.

Así lo hizo, no en persona, sino por medio de una cariñosa carta, y al cabo de muchos meses tuve la incomparable alegría de recibir una larga epístola y una nueva composición del poeta.

Cópiolas á continuación y guardo los originales como preciosos papeles, que he de regalar á la Diputación de Guipúzcoa.

La carta dice así:

«Mis queridos é inolvidables paisanos D. Julián y D. Ricardo Becerro de Bengoa, D. Sotero Manteli, D. Daniel de Arrese y D. Fermín Herrán.

Costa del Arroyo, El Daca (cerca de Mercedes), 4 de M.... de 1877.

»Siempre he creído en los ángeles de la tierra, y la manera miste-

riosa y peregrina de cómo ha llegado esta apreciable y atentísima carta, me fortalece en esta creencia.

»Parece que el mayoral de la diligencia de San José dejó recomendada la carta en una casa, de negocio de la campaña, y dos angelitos, que el mayor apenas tendrá diez años, han troteado seis leguas con sus caballitos y la han entregado á un discípulo mío hijo de bascongado, y éste último con su caballo brioso, á rienda suelta, ha venido á traérmela.

»Ayer ha sido un día de fiesta para mí, para mi familia y para mis amigos.

»Principiaré por darles á ustedes algunos cortos detalles biográficos de mi juventud.

»El año 1832 mis padres me llevaron á Vitoria á estudiar gramática latina en el Campillo, siendo rector el severo Sr. Izaga; á principios del 33 pasé á Madrid y estudié algunos meses en San Isidro el Real, regentado por los RR. PP. Jesuitas.

»A la muerte de Fernando VII tomé las de Villadiego, y como Dios quiso, llegué á las montañas euskaras, y sin más opinión que el amor á mis paisanos senté plaza de voluntario, primero con Iturriza, aunque después pasé al batallón de D. Joaquín de Alzáa; más tarde fui guardia de honor de D. Carlos, hasta la conclusión de la guerra.

»Cuando emigré á Francia estaba en la flor de mi edad (tenía diecinueve años).

»Por recomendación de una señora noble y distinguida, pasé un año en casa de un señor, noble también, pero con ideas muy liberales; en su compañía aprendí el francés y leí algunos libros de poesías de Lamartine, Chateaubriand, Lamennais, etc., á lo que se redujo mi poco saber.

»Después, el afán de viajar me llevó á París y á Lyon, y continué mi peregrinación pasando y repasando los Alpes, por el monte Cenis, el San Gotardo, el Tyrol y otros puntos: tuve también la curiosidad de subir al famoso panorama del Righí, que, según los turistas, es la vista más pintoresca de Europa.

»¿Creerán ustedes que el amor á mi país me hacía soliloquear en nuestra noeniana lengua euskara?

»Pues sólo así se comprende el que no haya olvidado nuestro filológico lenguaje.....

»No tengo gramática ni diccionario; no tengo la historia de España:

solo tengo una geografía universal de Letrone y unos cincuenta números de La Paz, redactados por mis queridos hermanos los Girondinos Bascongados (sic).

»Me dicen ustedes que les pinte mi verdadera situación: hace dieciocho años me casé en la ciudad de Buenos Aires, en la iglesia de San Ignacio; á los pocos meses vine á esta república y me agradó más por ser más pintoresca, y sobre todo, más montuosa.

» ¡Siempre me han gustado las montañas!

»Tengo seis hermosa: niñas y dos varones; el mayor tiene dieciseis años, y el menor un mes (¡no se asusten!); de las niñas, la mayor tiene doce años.

»En todo este tiempo he presenciado siete ú ocho revoluciones, sin mezclarme en los disturbios del país, ¡suspirando siempre por mi amadísima patria!

»He tenido buenas habitaciones. que para nada me han servido porque no tenemos un año bueno, pudiendo decirse que hemos sufrido las siete plagas, de manera que tengo muy cortísima fortuna, recolectada en Buenos Aires y en el Paraguay.

»El Sr. Romero Gimenez, director de El Correo Español, que hace cuatro meses y medio está preso en un buque de guerra por cuestiones políticas, fué el noble y generoso iniciador de la suscripción en mi favor, que me produjo algún dinero.

»¡Pobre amigo y compatriota! ¡Qué no haría yo por él! ¡Impulsos lie sentido muchas veces de correr á su lado para consolarle en sus infortunios y acompañarle en su cautiverio!

»¿Y quién de ustedes fué el inspirado amigo que publicó mis humildes versitos en La Paz?

»Tengo mucho empeño en saberlo, poi que no fué inspiración humana, sitio divina, pues todo el Río de la Plata se puso en movimiento para socorrerme, y esto en una época de calamidades para este desgraciado país.

»Lo más gracioso es que los ingleses, franceses, italianos y portugueses, han dado su óbolo, suscribiéndose, según sus medios y facultades.

»Esto es admirable y me han hecho decir en nuestra querida lengua lo siguiente:

»Gure anayak dira Españolak,
 Gure anayak Franzesak,
 Adiskideak Italianoak,
 Aleman eta Inglesak,
 Oro bat dira Lusitanoak;
 Beti ongille guretzat,
 Mundu guzian zabalzen dira
 Euskaldunentzat biotzak (1).

»Y esto es cierto; por todas partes se buscan trabajadores bascongados, y de ahí el afán de estos gobiernos en poblar el país con familias euskaras.

»Es curioso ver á nuestros paisanos fraternizar con los gauchos, negros, pardos y mulatos, enlazando toros en las yerbas y echando cada lekaikoa que vale un imperio.

»No son así los de las demás naciones, porque no les quieren bien.

»¿A qué se debe esta preferencia por los bascongados?

»Cuestión es digna de estudio: pero no por eso aconsejo yo á mis queridos paisanos que abandonen sus hogares para venir á estas playas en busca de mejor suerte: lo que encontrarán serán pesares y desengaños

»Esos brazos de tantos emigrantes hacen muchísima más falta en España, nuestra querida patria.

»Temo molestar á ustedes, pero ¡tengo tanto que recordar!

»Los momentos son supremos para mi afligido corazón..... que suspira por la bendita tierra euskara.

»Hace veinticinco años que, acompañado por la benemérita guardia civil, iba á cumplir mi destierro; pasaba por Gueñes, y el ilustre bizcaíno Sr. Arrieta Mascarua, me dió hospitalidad en su casa, donde pasé una noche.

»Como recuerdo me obsequió con una hermosa composición que conservo como santa reliquia; quisiera copiarla toda, pero es larga para mandarla en esta carta.

(1) TRADUCCIÓN.— Hermanos nuestros son los españoles, hermanos también los franceses, amigos los italianos, los alemanes los ingleses, así como los portugueses, siempre bienhechores para nosotros, pues por todo el mundo abundan los corazones nobles para los bascongados.

»Espero, queridos y distinguidos paisanos, que me honrarán en su contestación, porque todo cuanto me pone en contacto con nuestro amado país, llena de inefable consuelo mi alma.....

.....
 »Soy de ustedes el más entusiasta paisano y amigo q. b. s. m.,

José María de Iparraguirre.»

Tal es la cariñosa epístola del celebrado poeta bascongado. Sencilla, espontánea y natural, como toda su historia, como sus cánticos y como su corazón.

Hé aquí ahora la tierna poesía que en el alma le he agradecido:

«OROITZA⁽¹⁾

Herranz, Manteli, Arrese jauna,
 Eta Bezerro Bengoa,
 Badet aspaldi, biotz guztiti
 Ezaguzeko gogoa.

Tuek bezela ditut maititzen
 Jaingoikoa eta Fueroak,
 ¡Ay! baña ez nau pakean uzten
 Lurraren amoriak.

Ichaso aldera, beti begira.....
 Zabal zabalik begiak.

(1) TRADUCCIÓN.— Recuerdo. Tengo hace mucho tiempo de todo corazón, deseos de conocer á los Sres. Herrán. Manteli, Arrese y Becerro Bengoa, pues de la misma manera que ellos, amo á Dios y á los fueros. ¡Ay! ¡no me deja en paz el amor hacia mi tierra. Siempre mirando hacia el mar están mirando, anchos, muy anchos mis ojos. ¡Oh, Dios amado! cuán lejos están las montañas del pueblo euskaro. Allá un barco se va.....; vuelve...; hijos queridos, sin miedo podeis marchar pues nos amó mucho nuestro Dios. En el mundo viejo, como en el nuevo, para que el hombre sea trabajador, cria Dios los mares y las tierras; estrechemos los lazos de la fraternidad, pues para todos tiene hermosa sombra nuestro árbol santo.

¡Oh! ¡Jaun maitea... zer urrun diran
Euskal-erriko mendiak! !

Ara..... onta bat, goazen atozte?
Sere aur polit gaisoak.....
Bildirrik gabe, juan zaitezte
Chit maite gaitu Jainkoak.

Mundu zarrean, nola berrian
Izangitezen prestuak
Gizonarentzat egian zituan
Ur, eta Lurrak Jainkoak.

Zabaldu bedi anaytasuna
Amoriorzko kantuak
Guzienzat du itzal ederra
Gure arbola santuak.

José María de Iparraguirre.»

Por su parte, mi hermano Julián, al enviar estos gratos recuerdos, y antes de partir para sus nuevos viales, me decía:

«Nuestro querido poeta basco habita en las selváticas orillas de Río Negro, en una pobre vivienda de paja y barro, casi en la miseria y lleno de privaciones.

»¿Es posible que habiendo tanto entusiasmo entre los bascongados, entre los que tanto aman las glorias de su tierra se consienta que este hombre viva así?

»Vosotros, los que, por medio de la prensa habláis á la opinión de nuestros pueblos, debeis emprender la generosa tarea de mejorar la suerte del ilustre cantor popular, redimiéndole, y no se le redimirá sino devolviéndole á su país amado.

»Los entusiastas guipuzcoanos, los heroicos hijos de Bilbao, cultos y severos alabeses, deben unánimes solicitar que las respectivas Diputaciones concedan al mejor y más inspirado de los bardos euskaros una pequeña renta, una modesta pensión, respectivamente para que viva y descanse un día á la sombra del árbol sagrado que ha hecho universal con sus cánticos,

»¡Consentirá el país que Iparraguirre expire olvidado en tierra extranjera!

»¡Oh! si así fuese, debieran callar avergonzados todos los particulares, todos los pueblos y todas las corporaciones que en los días solenines pronuncian su nombre con cariño, cuando henchido de gozo escucha el corazón las canciones que un día improvisara.

»O es una superficial hipocresía ese cariño, ó Iparraguirre, anciano casi, debe volver á sus montañas queridas.

»Conozco los sentimientos de nuestro pueblo: Iparraguirre, volverá.

»Ahora, que al parecer todo ha muerto entre vosotros, que resucite el poeta: ¡adorad en él el ideal de vuestras eclipsadas leyes!

»Nosotros daremos el ejemplo: los vascos de aquende el mar, donde quiera que estemos, le pagaremos el pasaje á él y á su familia, porque al hacerlo así cumplimos como buenos, y nuestros descendientes no nos censurarán por haberle abandonado.»

Con lágrimas en los ojos lie leído todo cuanto hasta ahora va transcrito.

Al lado de las glorias con que se honra nuestro país, estará mañana la del hijo de Idiazabal, la de aquel joven hermoso, de argentina y dulce voz, que ayer, con la inspiración espontánea en el espíritu, con la guitarra en la mano, vestido con el traje del aldeano euskaro, recorrió todo el país y gran parte del extranjero, entusiasniando á los pobres y á los ricos, á los inteligentes y al vulgo, al pueblo entero, con sus improvisaciones y sus melodías; al autor del Gernikako arbola, que nuestros paisanos cantan con la cabeza descubierta, con la mano sobre el corazón y la rodilla en el suelo, y con el cual el pobre desterrado electrizaba un día á miles de oyentes; el amoroso cantor de Guitarra sarchu vadel, del tiernísimo Adio euskal-erriari, y de tantas y tantas deliciosas composiciones sabidas de memoria por todos los bascos de América.

Honrémosle en vida, haciendo que nuestras ties provincias. le den todo el honor y el bienestar que se merece en los últimos años de su vida.

A mis queridos amigos y paisanos D. Antonio Trueba, Loredó, Villavaso, Muela, Balparda, Enciso, Delmas, Manterola, Soraluze, Olano, Hurtado de Mendoza, Araquistain, Jamar, Oloriz, Ezcurdia, Peña y Goñi, Moraza, Zárate, Ayala, los Herranes, Lezama y Manteli,

les suplico que presten su poderoso calor á esta idea, y su actividad á tan noble y generosa obra, y á los diarios hermanos de nuestras provincias, El Irurak-bat, el Diario de San Sebastián, el Noticiero bilbaino y La Paz, que reproduzcan estos ligeros párrafos en obsequio á nuestro desgraciado é ilustre paisano.

El país entero les deberá eterno reconocimiento.

La posteridad no les llamará ingratos.»

RICARDO BECERRO.

